

RODO Y LA CULTURA AMERICANA

EL MODERNISMO

La estética del Modernismo responde a una sensibilidad, es decir, a una faceta de la personalidad americana que se nos presenta como singular e inédita. “Habíamos siempre hablado sin sentir nada —escribe el venezolano Pedro Emilio Coll— y ahora sentíamos por primera vez que no podíamos emplear las mismas palabras de que nos servíamos cuando no sentíamos nada”.

Dicha estética debe importantes elementos a la literatura europea finisecular, en especial a la francesa. Como ha dicho Rafael Alberto Arrieta, en el Modernismo se mezclaron “la plasticidad parnasiana, el sentimiento romántico, la musicalidad y la alusión del simbolismo” (1).

¿Qué es lo bello para el Modernismo? Por lo pronto, lo que desprecia el vulgo ignaro, “municipal y espeso”, es decir, aquéllo que se presenta como revestido de características raras, exquisitas y refinadas.

Esta estética aristocratizante exigía un esfuerzo renovador de las formas literarias, renovación acuciada por el ansia de perfección artística. Con ello se daba satisfacción a los reclamos de una nueva sensibilidad y se respondía a cierto estado de ánimo complejo y un tanto angustiado por el choque de estas pretensiones de selección con una realidad adocenada y vulgar.

(1) ARRIETA, Rafael Alberto, *Introducción al modernismo literario*. Buenos Aires, Columba, 1956, p. 53.

De ahí el carácter de reacción que tuvo este movimiento y que tan acertadamente señala Luis Monguió: "trabajo consciente del estilo como reacción contra el desaliño romántico, perfeccionismo estético como reacción contra el lugar común oohocentista, exotismo como reacción contra el medio ambiente americano, cosmopolitismo cultural por mimetismo de las naciones líderes en el campo del avance económico y cultural de la época" (2).

Sin embargo, junto a lo nuevo, la continuación con el pasado. Pues es propio de cada etapa cultural de Hispanoamérica el recoger la herencia valiosa de la tradición en una actitud de integración, de síntesis, que nos define como necesitados de una solidaridad cultural sin la cual caeríamos en la soledad y el desamparo.

El Modernismo continúa así al Romanticismo y prueba con ello su raigambre americana, ya que, como bien ha dicho Federico de Onís, puede considerarse a este último movimiento como algo consustancial con el Nuevo Mundo.

Para la conquista de la nueva belleza, el Modernismo recurrió al arsenal de las escuelas literarias europeas y, como éstas, buscó en la historia, en la mitología o aún en los modelos de vidas novelescas (el *Des Esseintes* de J. K. Huysman, que tanto impresionó al cubano Julián del Casal es un ejemplo suficiente) los elementos necesarios para configurar un clima de aristocracia y exquisitez requerido por la nueva estética.

Hubo, pues, un alejamiento de la realidad próxima que llevó a los modernistas hacia el exotismo y el cosmopolitismo, mientras que el refinamiento del estilo y la elegancia lujosa de las formas trazaban un cuadro deslumbrante por la novedad y el brillo sensorial de las imágenes, los símbolos y los materiales literarios.

La nota exótica del Modernismo no impide que éste pueda ser considerado como un verdadero catalizador de la origi-

(2) MONGUIÓ, Luis, *Estudios sobre literatura hispanoamericana y española*. México, De Andrea, 1958, p. 67-8.

nalidad cultural de América ya que, como muy bien lo ha dicho Federico de Onís, “la originalidad de una literatura no consiste en tratar los temas propios, sino dar expresión propia y distinta a los temas universales humanos, en crear una nueva sensibilidad” (3).

De este modo, las consecuencias que tuvo el Modernismo en orden a la configuración de la personalidad cultural americana, fueron curiosamente paradójicas. El ejemplo del simbolismo y de las literaturas europeas, la imaginería exótica, el aislamiento en la “torre de marfil”, la “literatura pura”, etc., parecían augurar una desvinculación total de lo americano y sin embargo, al constituirse en elementos de una actividad estética original, deviene un camino más hacia lo propio, hacia lo auténticamente americano.

SIGNIFICACION DE RODO

Estas consideraciones son necesarias para encuadrar la figura del pensador uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), bajo cuyo magisterio intelectual y moral se educó lo mejor de la Hispanoamérica novecentista.

Rodó fue, sobre todo, el propugnador de una reforma cultural y moral. Este sentido ético de su obra parecería excluirlo del Modernismo, si consideramos a éste como un movimiento puramente esteticista. Como lo cree el destacado crítico cubano Juan Marinello, quien en su último libro sobre *Martí, escritor americano*, defiende la tesis de que el Modernismo, en su esencia, sólo se preocupó de la búsqueda artística, formal y que le fue ajena toda dimensión trascendente de lo literario. Por esta razón Marinello no considera a Martí —escritor puesto al servicio de una empresa moral— como modernista ni al Modernismo como movimiento americano pues “no nació con las raíces afincadas en su suelo ni se alimentó de los jugos de su

(3) ONÍS, Federico de, *España en América*. Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955, p. 162.

tierra". Y agrega, "nació en América, pero no de América" (4).

Sin embargo hay en el Modernismo dos momentos, coherentes entre sí y estrechamente ligados: uno, el de la búsqueda formal y estética; otro, el del retorno a lo americano, ejemplificado en los "Cantos de vida y esperanza" de Rubén Darío. Para Marinello, este segundo momento representa una reacción contra el primero y no merece, con propiedad, el nombre de Modernista. Pero creemos que sí, porque la temática americana se trataba mediante los recursos y procedimientos formales de la literatura modernista. En una palabra, que debe entenderse por Modernismo algo más que la pura búsqueda formal y estética y que tanto merecen esta denominación las producciones exóticas y refinadas como las obras posteriores de un Chocano o de un Darío sobre el tema de nuestra América.

Hay en el pensamiento americano una permanente "tensión ética", como decía Alfonso Reyes, y el Modernismo no es una excepción. Por eso es posible hallar figuras como las de Rodó, preocupadas por la dimensión estética —su prosa y sus conceptos fundamentales sobre la cultura —pero urgidas también por un imperativo moral, que viene a ser la justificación esencial de su obra.

EL AMERICANISMO LITERARIO

La concepción cultural de Rodó está presidida por el espiritualismo estetizante que estuvo en auge hacia fines del siglo XIX, especialmente en Francia. Sus mentores ideológicos fueron, pues, Renán, France, Guyau, Fouillée y, hacia el final, Bergson. Pero el núcleo de su pensamiento lo constituye, quizás, el *americanismo intelectual* postulado por el maestro a través de la obra de toda su vida.

Temprana fue la vocación americanista de Rodó. En 1895,

(4) MARINELLO, Juan, *Martí escritor americano*. México, Grijalbo, 1958. p. 30.

cuando apenas tenía veinticinco años, escribió uno de sus ensayos más lúcidos y completos sobre esta materia: *El americanismo literario*, donde trató del origen histórico de esta idea, del sentimiento de la naturaleza y de las tradiciones y costumbres. Todo lo que hasta entonces era atisbo o esbozo americanista, cobró prestancia cabal en este ensayo, que equivalía a una franca actitud de su autor frente a nuestra América.

Si la época colonial fue de imitación y en la independiente se pusieron las bases de una relación más franca del escritor con su medio, será el Romanticismo el que abrirá paso al nacionalismo literario: "Un centenar de colores se alzaba sobre el blanco frontón de la antigüedad", escribió Rodó.

Con el Romanticismo aparecen la espontaneidad y la reproducción directa de las cosas concretas. El origen de la poesía se busca en "el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en las inspiraciones de su naturaleza, de sus costumbres, de sus glorias". Hay también una "democratización del lenguaje literario", es decir que la literatura tanto en punto a lenguaje como a temas va a los asuntos populares, expresándolos por modo más simple y natural.

Rodó dedicó especial atención al sentimiento de la naturaleza y a su expresión en la literatura americana. Rastreo sus orígenes en las letras del siglo XIX (Chateaubriand y Humboldt) y sostuvo la gran originalidad de la literatura paisajística americana, por ser ésta poco menos que desconocida dentro de la tradición española. Según indica Don José Pedro Segundo, Rodó se inspiró en el libro del escritor francés Víctor de Laprade *El sentimiento de la naturaleza*, publicado en París en el año 1866, obra que el mismo Menéndez Pelayo tuvo en gran estima, no sin observar que en ella faltaba la consideración de la poesía descriptiva americana (5).

(5) SEGUNDO, José Pedro, *Introducción*. En las *Obras Completas* de José Enrique Rodó. Edición oficial al cuidado de J. P. S. y Juan Antonio Zubillaga. Montevideo, Casa de A. Barreiro y Ramos S. A., 1945, vol. 1, p. 34.

El tema de la independencia intelectual es capital en el pensamiento de Rodó. Trátase, decía, del "anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana, sello particular y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad de pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma" (6).

No es la temática, exclusivamente, ni tampoco la presencia de rasgos típicos y pintorescos lo que configura la expresión nacional. Es preciso lograr algo mucho más entrañable y esencial: un espíritu propio, es decir, un estilo. En lo que se escribe y, en general, en toda creación del alma nacional tiene que darse la presencia de un "espíritu autónomo, de una cultura definida y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia cuanto la mente adquiere" (7).

Esta aspiración a la originalidad cultural no estaba tampoco reñida con el reconocimiento del magisterio europeo ni con un concepto claro de la función que desempeña la tradición en la obra de cultura. De la tradición decía Rodó que podría ser "una fuente de inspiraciones fecundas que armonizadas con las influencias legítimas de innovación, darían por resultado el mantenimiento de una originalidad nacional dotada de fuerte energía asimiladora, con la que se imprimiría sello propio a todo lo nuevo y extraño que adquiriera" (8).

Esta generosa amplitud del humanismo americano preconizado por Rodó, ha hecho decir a Emir Rodríguez Monegal: "el americanismo de Rodó es a escala universal" (9).

(6) Rodó, José Enrique, *El americanismo literario*. En *O. C.*, vol. I, p. 65.

(7) Rodó, José Enrique, *Juan María Gutiérrez y su época*. En *O. C.*, vol. IV, p. 439.

(8) Rodó, José Enrique, *La tradición intelectual argentina*, incluido en *El mirador de Próspero*. En *O. C.*, vol. IV, p. 164.

(9) RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, *José E. Rodó en el novecientos*. Montevideo, Número, 1950, p. 34.

“ARIEL”

La obra del pensador uruguayo debe ser situada en el momento en que crece la “nordomanía”, cuanto resulta perentorio precisar las virtudes del americanismo como réplica a esa admiración sin tasa por lo norteamericano, tomado como cifra cultural del continente.

En 1900 publicó su *Ariel*, verdadera guía para la juventud hispanoamericana de su tiempo. El esquema de la obra es conocido: Próspero, el profesor, dicta una lección de vida frente a la estatua de Ariel, que simboliza “idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres”, frente a Calibán, en quien se representan la sensualidad, lo irracional, lo utilitario. Ariel para Rodó simbolizaba la meta idealista que debía fijarse el mundo hispanoamericano a fin de apartarse del Calibán yanqui, símbolo a su vez de la cultura utilitaria, de la moral puritana, de los ideales sin nobleza y de la rapacidad soberbia y audaz.

Hay aquí, sin dudas, una actitud antiyanqui, pero no se funda en motivos políticos o económicos, sino en un aristocratismo intelectual que Rodó opone a la plebeyez norteamericana. Lo cual no significa, desde luego, que el ensayista uruguayo desprecie en bloque al país del Norte; antes bien, podríamos decir que no hay cualidad suya que él no reconozca y alabe. Lo que Rodó rechaza es el sentido esencial de la cultura norteamericana: su utilitarismo y falta de desinterés, que para él significa, tanto en el orden del pensamiento y la política como en el de la moral o la religión, por lo menos un rasgo negativo o imperfecto.

“Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su sustratum ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará,

como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material". Frente a ese "boceto toscó y enorme" de la civilización, Rodó predica la delicadeza, la inteligencia y el desinterés (10).

Rodó se dirigía especialmente a la juventud, que consideraba depositaria de las energías más puras, por ello capaz de proponerse un ideal noble y elevado. Este llamado a la juventud equivalía a poner en el futuro la realización de dicho programa: "Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo" (11).

La juventud debía apuntar, pues, como vocación individual, a la superación permanente del espíritu, de modo armónico y equilibrado. Reforma y búsqueda. Mientras vivimos, nuestra personalidad está en el yunque, es una de sus fórmulas más difundidas.

Rodó concibe la vida intelectual como servicio de altísima dignidad. Rechazaba el ejercicio frívolo y bizantino de la inteligencia y ésta es una de las razones por las que repudió, en su momento, a cierta tendencia excesivamente estetizante del Modernismo, a pesar de su prólogo a Rubén Darío y de su filosofía moral y literaria. "Al modernismo americano —escribe en una nota de 1897— le matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él, se siente poco. Le domina con demasiado imperio un vivo afán por la novedad de lo aparente, que tiene a la frivolidad muy cercana", (12). Y en una carta que escribió en 1904 al venezolano Manuel Díaz Rodríguez se expresaba así: "...siempre que me ha tocado dar juicio sobre la literatura contemporánea he insistido en que su defecto radical y más grave es su despreocupación infantil respecto de toda idea, de todo sentimiento,

(10) Rodó, José Enrique, *Ariel*. En *O. C.*, vol. II, p. 178.

(11) *Idem*, p. 196.

(12) Rodó, José Enrique, *Un poeta de Caracas*. En *O. C.*, vol. I, p. 239-40.

de todo alto interés que afecten a las sociedades en que esa literatura se produce". Vive cultivando formas y colores. Y yo, como el que más, gusto, en el arte literario, de lo que esencialmente es arte; yo que venero la forma, el estilo, y me deleito en el color, no por eso limito mi concepto de la literatura a lo que en ella hay de desinteresado, de asimilable al "juego" —como del arte opina Spencer—; sino que he creído siempre en la trascendencia social, en lo que tiene de propaganda de ideas, de eficaz instrumento de labor civilizadora" (13).

Esta extensa cita ilustra acabadamente sobre la posición significativa de Rodó dentro del Modernismo y que hemos apuntado al comienzo de este ensayo: culto al arte pero fundamental orientación ética.

LA CRITICA AL ARIELISMO

El mensaje de Ariel proporciona numerosos elementos para perfilar el concepto que Rodó tenía de la cultura americana pero, a pesar de ello, la crítica de generaciones posteriores atemperó mucho la admiración entusiasta que le dispensaron sus contemporáneos. Si bien la lección moral todavía impresionaba, ahora se le reprochaba a Rodó cierta superficialidad, una excesiva preocupación estética y aun la falta de ideales definidos con precisión y rigor Y críticos hay, como Luis Alberto Sánchez, que han centrado su fuego sobre un Rodó sospechosamente idealista, cómplice teórico y bastante responsable de tanta iniquidad e injusticia como las que se dan por nuestra América. Sánchez habla del "arielismo" y los "arielistas", como símbolos de un intelectualismo claudicante (14).

Don Pedro Henríquez Ureña, a quien se deben páginas preciosas sobre Rodó, vio sin embargo con claridad el exacto

(13) Citado por Emir Rodríguez Monegal en *b. cit.* p. 86.

(14) SÁNCHEZ, Luis Alberto, *¿Tuvinos maestros en nuestra América?* Buenos Aires, Raigal, 1956.

perfil de la doctrina de Rodó y llegó a afirmar que si en ésta se echaba de menos la definición precisa de los ideales hispanoamericanos, tal cosa estaba muy lejos de constituir un motivo de reproche: "Ni la vida independiente de la América Española permite aun descubrir la síntesis espiritual, la *idea-fuerza* directa de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir, sobre tales inseguras bases, las normas a que haya de ajustarse en su desarrollo futuro" (15).

Ni tampoco es justo el reproche de teórico cómplice si atendemos —como lo señala muy bien Rodríguez Monegal— a que Rodó sitúa su prédica en el orden de la cultura, es decir en el de los planteamientos generales y mediatos. Le preocupaban "del descubrimiento y conquista de la vocación personal, el incesante perfeccionamiento de la propia espiritualidad, la concepción de una patria americana proyectada hacia el futuro, la conciencia profética del destino de América y su inmensa responsabilidad. Para exaltar esos valores distrajo su atención de lo inmediato e inevitable..." escribe Rodríguez Monegal y agrega: "Es en ese plano de realidad cultural, de tensión profética, que deben ser aprehendidas las fórmulas de Rodó" (16).

José Enrique Rodó tuvo una clara idea de la unidad americana. "Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca, y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide". Son palabras escritas por Rodó en una nota de 1905 que lleva, precisamente, el título de *Magna Patria* (17).

Veía la raigambre histórica y la proyección hacia el porvenir de Hispanoamérica unida, y depositaba en ella una fe

(15) HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 121.

(16) Ob. cit., p. 77.

(17) Rodó, José Enrique, *O. C.*, vol. IV, p. 257-8.

acendrada. La gran misión americana era desarrollar un humanismo generoso y amplio, en el que pudiera hallar ejemplo la conciencia universal y que, al mismo tiempo, hundiera sus raíces en la realidad de América. Rodó fue, como dice Rodríguez Monegal, “un hombre de vocación americana que intentó transformar el aporte transatlántico en sustancia propia, que aspiró a consolidar una cultura americana sobre una base occidental” (18).

El humanismo de Rodó llegaba a ser una suerte de apostolado en el que debía empeñarse todo americano que deseara ver realizada su personalidad. Y así escribió en uno de sus más logrados ensayos (sobre Juan Montalvo): “En América sólo han sido grandes aquéllos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano” (19).

ENRIQUE ZULETA ALVAREZ

Rufino Ortega 217, Mendoza

(18) Ob. cit., p. 59.

(19) Rodó, José Enrique, *O. C.*, vol. IV, p. 220.

